

# teatro español





140 - 5

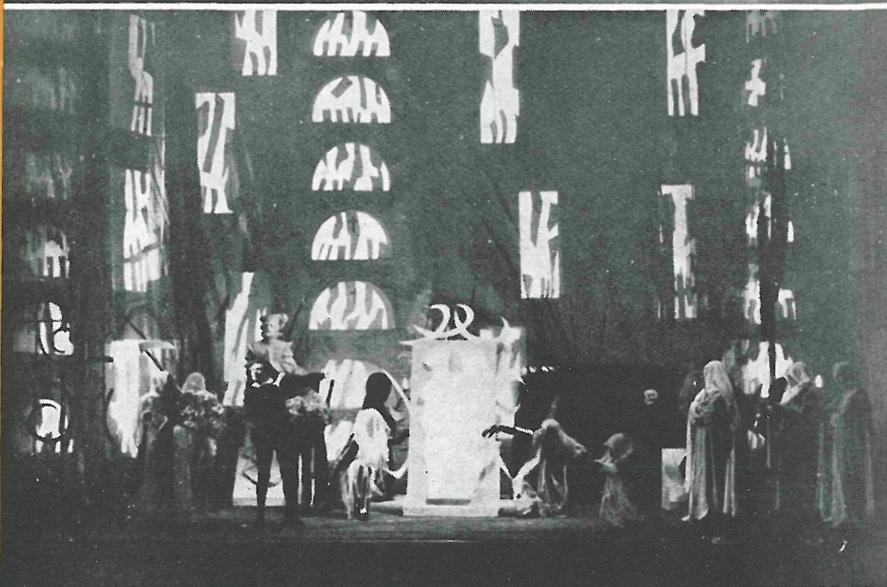
La arquitectura tiene el deber de plantearse a fondo su misión de hoy, misión amplia y responsable. Y ésta es precisamente ser arquitectura de hoy, y arquitectura preocupada por todas las manifestaciones humanas. Volver al pasado manteniendo unas formas con una especial veneración sería desconocer radicalmente lo positivo de estas mismas formas, cuyo valor se halla precisamente en haber sido en su tiempo arquitectura del presente. Por otro lado, restringir a la creación artística dentro de unos límites estrechos e invariables demostraría una profunda incomprensión de la esencia del arte constructivo, de su gran poder de desarrollo, de sus infinitas posibilidades. Esta postura "tradicionalista", se ha dicho con acierto, constituye una traición a la Tradición, al desposeerla de lo verdaderamente vivo y fecundo de ella, que es su profunda relación con la vida y su momento histórico, y al olvidar esta provechosa enseñanza.

Arquitectura del presente es, pues, una perenne exigencia. Y en este esfuerzo de actualización vemos a la arquitectura abarcar cada vez más nuevos aspectos, nuevas manifestaciones del hombre, en una constante perfección de la creación artística, de depuración de la sensibilidad humana. Y así acontece en el caso del teatro, en que la intervención del elemento arquitectónico está llamada a tener una poderosa influencia. Máxime cuando no se trata sencillamente de una continuidad y perfeccionamiento natural, sino que se hace preciso intervenir en un grave momento de crisis teatral. El arte dramático adolece en los últimos tiempos de estancamiento, de falta de espíritu joven. Y no nos costaría descubrir en esta

situación crítica la importancia del factor externo. Precisamente en este punto es donde la arquitectura tiene algo que hacer.

Porque el teatro, como manifestación artística que ha conjuntado diversas expresiones simples, en su esfuerzo de transmitir un mensaje al público, hace mucho tiempo que no ha aumentado sus posibilidades comunicativas. Y su esencia no está en la forma de hacer teatro, sino en esta realidad pura y simple que es precisamente el llevar hasta el hombre que está sentado en la butaca un algo humano, un trozo de vida que unir a su existencia, que excite su sensibilidad. Lo que quiere el arte dramático es "dar" algo, añadir algo al alma del espectador. Y para ello todos los recursos que se utilicen son válidos, siempre que consigan el objetivo primordial. Lo importante es llegar hasta el espectador. Y no hay duda que una ayuda importante la constituye el *ambiente*, constituido, en parte, por la escena y, en parte, por el entorno del espectador. Es decir, *el espacio teatral*.

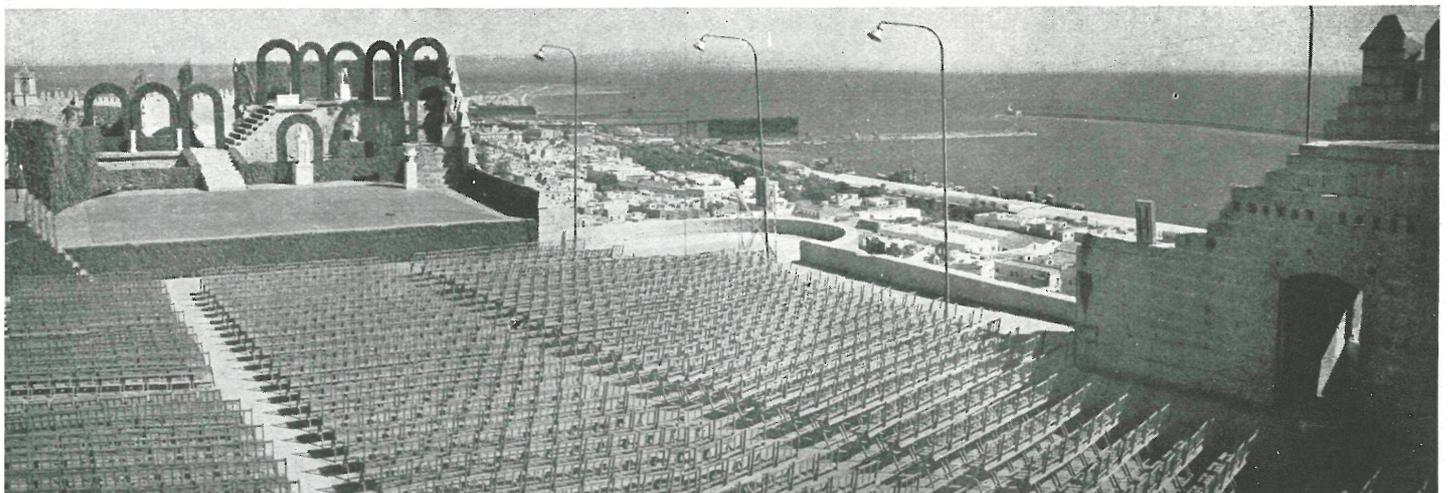
Y hoy más que nunca el teatro exige que se desentrañen sus más remotas posibilidades, que se saque a la luz la gama inmensa de sus valores. Y, en cambio, lo vemos encerrado y ahogado en la estrechez de unos locales caducos, que se reforman y restauran manteniéndolos enraizados a situaciones pasadas. Y seguimos percibiendo a la escena como algo que está allí, lejos de nosotros, distinto y apenas identificado con nosotros. Se le impide desenvolverse, hallar su verdadero sentido. El esqueleto ha aprisionado a su espíritu. ¿Cómo podremos sorprendernos entonces de que la afición disminuya, de que las obras no despierten el interés de las mayorías, de que las representaciones sean mediocres? A nadie puede ya ocultársele la evidente relación entre los factores expuestos. Solamente volviendo la mirada hacia fuera, hacia aquellos sitios en los que surge un teatro nuevo y vigoroso, hallaríamos una explicación clara y convincente. Pero en nuestro mismo país hemos podido presenciar el efecto producido en la entraña misma del arte dramático por el creciente empuje de las representaciones al aire libre, de los cada vez más numerosos Festivales, en los que hemos asistido al despertar de unas posibilidades insospechadas, y esto gracias a que se han soltado las fuerzas del drama y se las ha dejado desenvolverse libremente.





Y aquí está la misión de la arquitectura. Ella tiene que poner al alcance del arte dramático los medios para llegar a la mayoría—al pueblo—y conseguir la identificación total con la situación humana representada y con sus personajes. Pero para ello se hace necesario dotar a España de teatros nuevos que respondan a las nuevas exigencias. Fomentar las representaciones al aire libre en que a la fuerza expresiva del drama se una la naturaleza y el momento histórico. Y, en todo caso, hay que ir en pos de una depuración de la técnica y de una simplificación de la escenografía, que nos dé el máximo aprovechamiento de los valores intrínsecos del teatro.

Ya hemos visto, en los últimos años, el amanecer de esta posibilidad. Hemos visto al teatro resurgir de entre sus ruinas, esforzarse en huir de la vieja rutina, respirar un aire puro. Solamente prosiguiendo en esta línea, los festivales de Sagunto, Mérida, El Escorial, Granada, Sevilla, Almería, Santander..., dejarán de ser una esperanza para convertirse en el primer y fecundo paso de una realidad nueva y deseable.



**INSTITUTO TECNICO DE LA CONSTRUCCION Y DEL CEMENTO**